



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 5 DE NOVIEMBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## 'Deja Vu' Eterno

OTRO CAPÍTULO DE LA NOVELA...

OLGA DE LEÓN G.

Jaimito, o Jimmy, como le decían sus vecinitos y amigos más cercanos, regresaba del colegio todos los días en el transporte escolar a su casa, cerca de la una de la tarde; para volver al mismo colegio, después de comer, a las clases de deportes, dibujo, canto y química (no sé por qué, pero esta asignatura se daba en las tardes).

Jimmy era de los niños mayores del barrio, era por lo general de los bien portados y amigables, sobre todo con las niñas y los menores. Pero, le encantaba provocar "guerritas" entre los que él sabía bien, eran "enemigos". Vaya, era el picapleitos: calladito, calladito, parecía que no rompía un plato. No, los rompía todos, pero sin ser visto... No es cierto, era un niño defensor de la paz y enemigo de los pleitos. Estando él presente, las guerras terminaban. ¿Sería así? Los involucrados lo confirmarán: mis hermanitos y los vecinos de al lado, dos de ellos buenos de peleoneros y brabucones, como uno de mis hermanitos.

En el barrio que crecí, entre los once y los dieciséis años, la vida era un regalo divino: una tarde de otoño al anochecer, viendo el cielo y la aparición de las estrellas; o, una de verano, también al caer el sol, escuchando en la radio los juegos de béisbol; o una de invierno comiendo buñuelos, preparados por mi madrecita hermosa. Qué días aquellos, qué de sueños fincados en mi mente casi infantil aún.

Pero el destino nos tenía preparada una tras otra, tremendas sorpresas fatales. ¿Cuáles sueños? ¿Cuáles metas alcanzar? Tuvimos que volvernos adultos demasiado pronto. Y, no obstante, no reniego ni del destino que nos tendió tal jugada, ni de la vida que nos tocó vivir: nos volvimos más hermanos, más unidos, aunque los dos mayores tuvimos que asumimos casi como padres para los cuatro menores que nosotros: vida, yo te bendigo, por las pruebas de sobrevivencia que nos impusiste.

Y vinieron buenos y mejores días; y trágicos y muy tristes otros: cuatro o cinco años estuvieron hechos de muy fuertes y duros tiempos, los dos primeros fueron los últimos en Reynosa, aunque para entonces yo ya estaba más en Monterrey en donde estudié primero el bachillerato o preparatoria; luego, la carrera. Y me regresó mi padre a la casa paterna, obligándome a salirme de la facultad, para ir a hacerme cargo de mis hermanitos menores y de que la chica que ayudaba en casa hiciera bien su trabajo (lo cual fue problema menor, ella era muy responsable y mamá la había entrenado muy bien): "no será para siempre, hija, solo por un semestre", me había explicado brevemente, papá. A mamá, él la trajo a internar en un hospital de Monterrey, para que recibiera mejor atención por sus padecimientos y problemas; los que entonces, ninguno de los hermanos entendíamos bien cuáles eran, solo que necesitaba atenderse; luego regresaría a casa: un semestre me retrasé en mis estudios universitarios.

Y, sin embargo, fue un semestre muy rico y abundante en experiencias, lecturas y vida social que yo no tenía en



Monterrey (tampoco la añoré después; solo a una o dos amigas que hice en ese tiempo). En la capital regía, mi ciudad natal, yo era feliz con mi vida de estudiante y las visitas de fin de semana de algunas de las tías y primas, así como de una o dos amigas de Chelo, la tía más joven de las dos con quienes vivimos en Mitras Sur, mientras estudiamos en Monterrey mi hermanito, quien me seguía en edad, y yo. Hasta que nuestros padres pudieron regresar a vivir a su tierra norteña, tras casi veinte años en Tamaulipas (Matamoros, Cd. Victoria y Reynosa). De Ciudad Victoria, tengo publicado un cuentecito, del rato que allá vivimos, a mis casi cinco años.

Amé la vida de mi infancia y adolescencia en Matamoros y Reynosa, con sus vientos polvorientos: el sudor pegajoso, el olor a mar y arena y el sol candente. También a sus gentes y algunas buenas costumbres; no así sus creencias muy ortodoxas y sus círculos cerrados, que a mí me ponían de malas y ganas me daban de responderles... a veces lo hacía... De suerte que no fui de sus favoritas nunca, o dejé de serlo muy pronto. En el fondo, a más de una le habría encantado sumarme entre los suyos: ¡imposible! Mi espíritu siempre fue, ha sido y seguirá siendo: libre, de pensamiento que ve hacia las alturas: a las montañas y al cielo.

Mas no os confundáis, no al "Topos Urano" de Platón, ni a su caverna, o al Monte Sinai, sino a cielos cajados de estrellas, con aerolitos cayendo y a montañas más prosaicas y también más cercanas del hombre que de los dioses.

La libertad de pensamiento no tiene límites religiosos, ni morales ni éticos, porque está más allá de todo mal o demonio: no necesita límites más profundos que la libertad del otro, de mi congénere, a quien mi credo o la falta de él no tiene por qué lastimarlo, pues de ser así, hasta allí llegaría mi libertad.

Si me hubiese quedado en Reynosa:

¿qué hombre habría deseado desposar a una joven con pensamiento propio, con iniciativa para decidir qué carrera estudiar en la universidad?; amén de carácter, a prueba de lisonjas o galanterías cursis: ninguno. Aunque, entonces, no pensaba en casarme, sino en estudiar.

EL SUEÑO NO HA CONCLUIDO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Yo también tuve una banda; pero solo mis amigos la recuerdan. Fue en preparatoria, éramos unos chicos casi de barrio, sin experiencia, ni productor, sin nada que nos hiciera sonar, siquiera un poco, fuera de serie. Una simple, llana y común banda de rock que no se escucha como música nueva, igual a la totalidad de las bandas de esa edad. Sin las trampas de los músicos de estudio, ni ingenieros de sonido; en fin, sin buena suerte. Pero soñábamos porque queríamos ser grandes como grupo. Sonaban, por todas partes en México, en aquellos tiempos: Soda Stereo, Caifanes y Mecano. Alrededor del mundo aparecían videos de: Michael Jackson, The Cure y Depeche Mode. Como todas las bandas de adolescentes alrededor del mundo, nosotros queríamos llegar a ser igual a la más grande de todas, The Beatles. Hasta que un día, Dios rompería mi corazón. Fue tres décadas después, hace unos siete años, cuando pasaba yo ya de los cuarenta y tuve esta visión que ahora cuento. "Somewhere that I know down on the road".

Me encontraba por entonces en la Ciudad de México, siendo parte de otra agrupación de aficionados donde tocaba algún instrumento, no sé si la flauta transversa, la trompeta o el saxofón. Igual da, no lo hacía muy bien. Habíamos concluido el ensayo sabatino, el único que realizábamos en la semana. Descansaba solo, recostado sobre la cama, con las luces encendidas, rodeado por las cuatro paredes color crema y algunos posters pegados a ellas, recordando mis tiempos de juventud. Y ahí

estaban ustedes cuatro. "Stuck inside these four walls"

Y ahí vi a Dear John, con dos cuernos en la cabeza y una voz diciendo que aún no concluía su temporada en el Infierno. Yo debía dar aviso: a alguien que le amara, que pudiera creer lo que veía. Fue cuando pensé en ti, Dear Paul. Pero... ¿quién era yo para escribir a músicos tan grandes? "My sweet Lord"

Las paredes ardían con colores transformándose en llamas blancas, amarillas, rojas, azules... absolutamente cada espectro visual estaba ahí. Hacía tiempo que Dios no rompía mi corazón de esa manera. Tuve que levantarme a arrancar el póster de la pared y tirarlo a la basura. El fuego desapareció. "Imagine".

Dear John no se arrepentía, en realidad, de nada que hubiera hecho con su cuerpo. De ninguna chica, de ninguna infidelidad, de ninguna droga, de ningún coraje personal, ni siquiera de su ego enloquecido. Todo aquello había sido saldado ya. Ahora solo se arrepentía de una cosa: algo que parecería inocuo, inofensivo: de unos pocos versos, unas cuantas líneas. No pensó que pudieran herir a alguien. El solo quería cambiar y mejorar el mundo.

Ahora, entonces hace siete años, él deseaba que alguien pidiese perdón de su parte. ¿Encontraría a uno solo entre sus fans, que entendiera lo que estaba sucediendo y ahora quisiera ayudarlo? ¿un hombre a quien hubiera lastimado, que comprendiera y rogara por su nombre, pidiendo su perdón amargo? ¿había alguien que fuera capaz de volver el tiempo atrás para borrar un par de frases y un poco de su fama indomable, que le parecía por entonces, ya no ahora, más grande que la del mismo Dios?

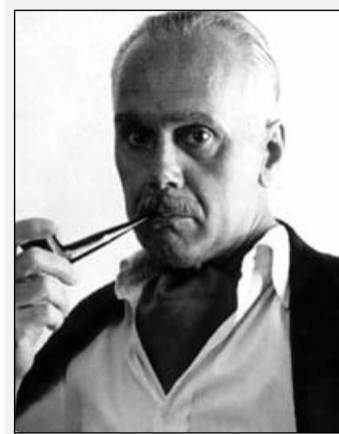
El Señor jamás me había roto el corazón de esa manera. My Dear John no había entendido, por aquel entonces, de dónde venía su talento. Eso era "then, not now". Y nada de esto que ahora digo, provenía por entonces de su propio ego. Desde aquel momento, he pensado en él de manera diferente. Y ahora que he escuchado la nueva canción, sé que está bien. Libre como el ave y su vuelo.

Me gustaría decir que solo soy un soñador; pero no lo soy, no vine a serlo.

Algunas de sus canciones las amo como se puede amar un pedazo de tiempo cuando se tienen dieciséis, con la reverencia al sonido que no vemos, pero nos conmueve. Hay un par de frases que ahora, ya no me molestan... aunque quizás sea aquella misma ternura estúpida que entonces, a los dieciséis, llevábamos todos dentro.

Paul, Ringo: escribo porque quiero avisarles que ya pedí por él. De hecho, por los cuatro. Tal vez sea amor verdadero. No sé. Pero aquellos, mis pequeños planes de grandeza musical, mis proyectos viejos, son un sueño olvidado. No sé qué creían que estábamos haciendo todos estos años: quizás... esperando algo. "Real Love". "I am not the only one".

Eso era entonces. Ahora... algunas cosas cambian y otras habrán de transformarse. Como en aquel entonces y luego de esta espera, sé exactamente a dónde irá mi vida; y les puedo decir: "the dream is not over".



Luis Cernuda

(Sevilla, 1904 - Ciudad de México, 1963) Poeta español, una de las figuras fundamentales de la Generación del 27. Su obra se inscribe dentro de una corriente que muchos han calificado de neorromántica, pues la sensibilidad, melancolía y dolor que destila su poesía se halla siempre dentro de unos límites de serena contención, a la manera de Gustavo Adolfo Bécquer, pero con características matizadas por una aguda actitud intelectual, rasgo esencial de la generación a la que perteneció.

Estudió derecho en su ciudad natal bajo la dirección de Pedro Salinas, de quien fue discípulo y quien orientó, asimismo, sus primeros pasos de poeta. En 1928 conoció en Málaga a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, y poco después, en Madrid, entabló amistad con Vicente Aleixandre y Federico García Lorca, poetas todos ellos pertenecientes a la Generación del 27. En diferentes momentos de su vida dio clases de español en la universidad de Toulouse, en Inglaterra y en Estados Unidos.

De su inicial inclinación a la soledad y al nihilismo evolucionó hacia una actitud de íntima y acogedora espiritualidad. Así, los poemas "Atardecer en la catedral" y "La visita de Dios" señalan, según José María Valverde, "el término de la evolución de un ambiente español, desde un ideario exquisito y minoritario hasta una emoción a la vez religiosa y socialmente humana". Al igual que otros de sus compañeros de generación, sus primeras obras marcan un itinerario que parte de la «poesía pura» preconizada por Juan Ramón Jiménez para luego desembocar en una estrecha afinidad con el surrealismo. Esta etapa, que dio comienzo con Perfil del aire (1927) y Egloga, elegía, oda (1928), logra su mayor expresión y madurez en Un río, un amor (1929) y Los placeres prohibidos (1931), libros en los que ya se muestra, en todo su esplendor, un Cernuda enamorado y rebelde, orgulloso de su diferencia.

En sus volúmenes siguientes arraigó con originalidad y dominio la tradición romántica europea: Donde habite el olvido (1934), Invocaciones (1935). Los títulos que aparecieron a partir de este momento, más los ya publicados, fueron engrosando su obra poética completa bajo el sugestivo rótulo de La realidad y el deseo (1936); en 1964 se publicó póstumamente la edición número cuarenta.

La obra del autor ha sido objeto de numerosos estudios en muchos países. Tal vez quien más y mejor se haya aproximado a su sentido más genuino y profundo sea el mexicano Octavio Paz, que en un breve ensayo dedicado a su figura escribe sobre el sentido de la palabra deseo en los trabajos del poeta: "Con cierta pereza se tiende a ver en los poemas de Cernuda meras variaciones de un viejo lugar común: la realidad acaba por destruir al deseo, nuestra vida es una continua oscilación entre privación y saciedad. A mí me parece que, además, dicen otra cosa, más cierta y terrible: si el deseo es real, la realidad es irreal. El deseo vuelve real lo imaginario, irreal la realidad".

Pero además de poeta, Cernuda fue también un excelente prosista. Toda su obra, recopilada tras su muerte por los estudiosos Derek Harris y Luis Maristany, se puede encontrar en el volumen Prosa completa (1975), en el que, entre otros títulos, aparecen Variaciones sobre tema mexicano (1952), Ocnos (1942) y Estudios sobre poesía española contemporánea (1953).

*ad pēdem literae*

*No tratéis de guiar al que pretende elegir por sí su propio camino*

*William Shakespeare*

**Letras de buen humor**

*La mujer es un manjar digno de dioses, cuando no lo cocina el diablo*

*William Shakespeare*

Mónica Lavín

## Tiempos huracanados

Me da por pensar que últimamente vivimos tiempos huracanados, no sólo por la devastación de Otis en Acapulco en la costa de Guerrero, sino por el acto terrorista de Hamas que no sólo ha desatado la respuesta desmedida de Israel sino las divisiones en el mundo (ni Hamas es toda Palestina ni Israel es sinónimo de judío), sigue la guerra de Ucrania y Rusia y en México nos desmantelan el país las vendetas del presidente contra el poder judicial, los recortes presupuestales y desaparición de instituciones, y el poder cada vez mayor del crimen organizado.

Vivimos entre fuegos. Denostados si no somos adoradores sin chistar de la voluntad del ejecutivo. Muertos si no pagamos derecho de piso. El ambiente de paz y respeto lo violenta el presidente todas las mañanas. Sus adversarios lo atizan. Las conversaciones de sobremesa alejan a los que piensan de uno y de otro lado porque estamos viviendo tiempos de un país dividido aún ante la tragedia acapulqueña en donde las voces más sensatas insisten en la unidad para ayudar por encima de cualquier tajada política.

El narco reaccionó de manera pronta después de Otis, arrancando los cajeros automáticos con la misma fuerza que los vientos huracanados para llevarse la posibilidad de qué los usuarios echaran mano de su dinero. El dinero se necesita a raudales para la reconstrucción de un paraíso que alguna vez fue de todos. En Acapulco

maceramos la infancia, ahí conocimos los capitalinos la azul densidad de un océano interminable que daba miedo.

Ahí supimos del burro borracho en la Roqueta, de la virgen que se podía ver en el fondo del mar si viajabas en aquellas lanchas de fondo de cristal, de las puestas de sol en el oleaje brutal de Pie de la Cuesta donde, por unos centavos, los muchachos desafiaban en la transparencia de las olas, o del vuelo del clavadista entre las rocas sincronizado con la breve entrada del agua en La Quebrada. Acapulco estaba aderezado de leyendas que inflaban los días de sol, los castillos de arena, paladar por primera vez los ostiones y rendirte a su misteriosa naturaleza mineral. Acapulco era deslizarte sobre los colchones amarillos de las imparables y largas olas de El Revolcadero hasta atracar en la arena.

En Acapulco podías ser pez o pelicano. Agua, mar y tierra se disponían para maravillarte, sobre todo cuando nuestras vacaciones escolares eran en diciembre y enero: los mejores momentos para las playas mexicanas. No existía Cancun ni nadie hablaba de la Rivera maya. Acapulco estaba a distancia de coche, con parada en Iguala, con ese Cañón del Zopilote cuyas curvas había que resistir con dramamine y por fin después de Tierra Colorada prepararte para atisbar un trozo de mar con el que la familia entera gritaba desde el coche. Se conquistaba el paraíso.

Cuando puse la pluma sobre la página



esta mañana, o la mañana de ayer según usted esté leyendo este artículo, y sólo iba a construir un párrafo para esbozar la devastación, la tragedia y lo difícil que es sacar la cabeza del agua en un país que se nos ha vuelto hostil, me ganó el desconcierto y la añoranza y el dolor por un Acapulco de los acapulqueños y de los visitantes habituales y los ocasionales, ya de por sí plaza tomada por los cárteles imparables. Abrazos y no balazos, Huracanes y no abrazos, y la cabeza que se nos llena de la comidilla política del día a día, que nos empacha, que no permite el rumor de la esperanza.

Acapulco es una prueba de fuego y para nosotros, simples mortales que sentimos enorme empatía por los damnificados, por los que vivieron horas de horror estando de paso, para quienes luego de sortear estos días sin techo, sin agua, sin comida ni luz,

tendrán que encarar un futuro incierto, nos tocará atestiguar una temporada de solidaridad o una temporada de alacranes. Lo que no veremos de la misma manera (ya no lo podíamos hacer desde hace tiempo) es el paraíso que fue Acapulco mientras crecíamos y festejábamos la adolescencia traviesa. Ese Acapulco que eligió Johnny Weissmuller como vivienda última, donde ahogó el aullido que lo hizo Tarzán, la fama y el olvido.

Nosotros nos acordaremos de Acapulco, también del Acapulco devastado que deberá incorporar la cultura de la prevención. Así fue en la Ciudad de México en el 85, así fue después de Gilberto en Cancún. Siempre vamos tarde.

Se nos atasca el jeep. Pero no se trata de nosotros. Se trata de ellos. Se trata de nuestro Acapulco.